

BALADA DE NOVIEMBRE

El verano regresa. Me lo ha dicho el viento, que he oído al despertar esta mañana, agitaba las ramas de los árboles y pasaba salmodiando con su tono profundo, mientras tras sí dejaba cristales y puertas en temblor.

Al oírlo he recordado luego a mi amigo, aquel extraño y hermoso muchacho con el cual convine en que me trataría como a un compañero.

¿Qué habrá sido de él? A menudo pienso en mi amigo, fúnebre y amargo, como Schopenhauer, su autor predilecto, a pesar de su juventud.

Algunas veces, sin embargo, sus sueños eran dulcemente tristes.

De éstos conservo algunos que arrancó de su diario para dejarme como un recuerdo.

He buscado y vuelto a leer las páginas que escribió al principiar el verano de 190...

"Noviembre, Domingo 3.— Ya ves, el verano quiere regresar. Esta madrugada me ha despertado el viento, ese viento heraldo de la estación de las tardes rubias y melancólicas.

Afuera agitaba las hojas de los plátanos. Movía los cristales de las ventanas, las puertas, y se colaba por las rendijas. No sabes lo que a mí me gusta ese viento! Lo quiero como a un viejo amigo, y deseo poder explicarte la sensación que me invade al oírlo!

Viene... ¿de dónde? Con su murmullo extraño, pasa envolviendo mi casa y luego sigue calle abajo y se va, se va... ¿para dónde? Yo pienso en bosques lejanos donde las hojas de los árboles fueron lenguas cuando él pasó; en castillos ruinosos, por cuyos corredores y sombrías y grandes salas agitó su ala invisible levantando el polvo que hollaron quienes hoy también son polvo; pienso en la confortable cocina de una casa de campo, donde afuera es de noche, sopla el viento y cae nieve; el fuego brillando como una custodia de

oro en el hogar, y rostros tranquilos de niños, hombres y mujeres, alumbrados por la luz temblorosa de este fuego; la abuela con su cabeza blanca que parece un copo de nieve que se funde en oro al contacto del reflejo de la llama alegre, deja oír su voz cansina que narra historias de aparecidos a los nietecillos rubios que la oyen con sus ojazos abiertos.

Pienso en la juventud dulce de mis hermanos los árboles, que muere cuando el viento del otoño viene, llevándose las hojas que pasan arrastrándose como adioses tristes.

Al soplar por los agujeros, pareceme una voz suave que me dice: Recuerda.

Me invade una tristeza! Todos los lugares, las personas y las cosas idas, que descansan en el cementerio del pasado, las siento ir flotando sobre ese viento que pasa envolviendo mi casa en el misterio de su murmullo, agitando las ramas de los árboles y llamando a las puertas y a las ventanas, despertando a las almas que lo sienten. Aquí estoy otra vez, les dice, pero ni vosotros ni yo, somos los mismos. El tiempo ha pasado y ha dejado caer sobre nosotros tantas tristezas y tan pocas alegrías! Muchas de las ilusiones que florecían en vuestras frentes, se han deshecho en polvo como las flores cuyas corolas se inclinaron para saludarme el año pasado. Sí, hechos polvo ahora en mi seno, cantos de pájaros, vuelos de mariposas, sonrisas dulces y miradas luminosas!

¡Ah, todo pasa, todo pasa, y vosotros pasaréis también y llegará un verano en que yo regresaré y no os encontraré. Quizá entonces, cuando recorra este mismo lugar, llevaré un poco del polvo que os formó!

Otros serán los oídos que me oirán, otros los rostros que acariciará mi soplo, otros los árboles que se inclinarán a mi paso.

Sólo los campos de estrellas bajo los cuales ondulo ahora, serán los que encontraré por miles de siglos a mi retorno. Ellas serán las únicas viejas amigas que me darán desde arriba su brillante bienvenida.

Sí; cada vez que yo vuelva, las hallaré dejando caer sus besos áureos sobre la tierra.

Ellas vendrán a hacer coro con su canto silencioso que sólo sienten las almas escogidas y mi música grave de órgano las acompañará. Ellas cantarán:

Han pasado, han pasado y esos que ahora se agitan pasarán también.

¡Oh viento! Tu pasas ahora doblando espigas, agitando corolas y abriendo surcos en los zacatales altos, que en el próximo verano serán pajarillos cantadores —que irán como alegrías flotando en tu regazo— abejas doradas, mariposas policromas, ternerillos juguetones —que abatirán sus orejitas cuando pases con tu soplo que los asusta— y telas albas que cubrirán los altares, o serán sudarios o serán pañales o estarán bien dobladas, olorosas a reseda o a raíz de violeta, en el cofre de la joven campesina próxima a desposarse. Llevas en tí átomos de ojos que nos han contemplado soñadores e interrogantes; ojos que se cerraron sin saber lo que les decía nuestro lenguaje de luz.

El rayito de alguna muy lejana susurrará: cuando yo salí de allá... como una palabra de oro que fluyera de los labios de mi dueña, había un par de ojos jóvenes y bellos que miraban hacia arriba. Mientras duró mi viaje ellos se hicieron viejos, apagados... se cerraron un día... Yo llego ahora y ellos van en los pliegues de tu manto susurrante, en forma de polvo!

Hoy a medio día me asomé a una ventana que da al campo y todo lo vi como si estuviera de fiesta.

Es el verano que regresa con su cielo azul, su viento tan loco y tan triste, sus pájaros, sus mariposas y las cigarras que aturden, en los barrancos. Las montañas sonreían con una deliciosa sonrisita azulina al sentir el baño de luz que como una bendición les venía de lo alto; sólo en algunos sitios se levantaban nubecillas blancas y tenues. Unos niños que jugaban en un potrero, palmoteaban y decían a gritos señalándolas: "son nubecitas que bajan a la montaña a beber agua". Estaban encantadores los chiquillos esos con sus caritas sonrosadas, vestidos de claro. Yo deseaba besarlos a todos y gritar con ellos. Elevaban papalotes y reían alegremente al mirarlos tan arriba, mientras sus manos los sujetaban por el hilo. Hasta un niño que no tiene un año, se agitaba de alegría en los brazos de la madre.

En el paredón de enfrente, tapizado de musgo y enredaderas, había regueros de florecitas amarillas. En la hondura el río se alejaba; su agua parecía de fuego. Los zopilotes volaban muy alto con su

vuelo circular y voluptuoso; sus sombras y las de las nubes peregrinas se proyectaban en los potreros.

Yo pensé en los días ebrios de luz y de calor que habían de venir, tomando amarillentos los verdes que ahora esmaltan el paisaje; en los adormecedores medio-días, cuando en el campo todo parece que está amodorrado; en las ráfagas de aire fresco, saturadas del perfume de guayabas maduras, que se sienten a veces cuando el calor es más sofocante y los ojos se cierran deslumbrados por la blancura de las paredes enjabelgadas de la casita lejana, y que uno cree agasajos de los setos sombríos que coronan los alcores vecinos.

Pensé en las bóvedas de follaje que se abrazarán llenas de murmullos a las orillas de los ríos, cuya agua se alejará con su glu-glu melancólico, estallando a veces en carcajadas de espuma, yendo luego a soñar en la tranquilidad de un remanso de color glauco, sobre el cual pasarán volando silenciosas libélulas azulitas. Más abajo las risas de las lavanderas se confundirán con el murmullo de la corriente, y en sus cabelleras y en sus brazos redondos y morenos brillarán gotillas de agua. Alguna de ellas, la enamorada pensativa, verá alejarse la espuma blanca del jabón sobre el agua cantarina.

En los árboles habrá cigarras incansables que llenarán el campo con su chirrido que da deseos de cerrar los ojos y dormir en la sombra mientras las florecitas rosadas que bordan los potreros inclinan sus corolas y sueñan.

Y uno también soñará como ellas —mientras las cigarras aturden y en torno a los párpados cerrados flota una claridad rojiza— con un corredor colgado de enredaderas, con tinajas fresquitas a cuyo vientre uno acerca su frente y sus manos ardorosas y cuya agua fría como si brotara de una peña en el seno más sombrío de la montaña, llena nuestra boca de frescor.

Y el cuerpo se estremecerá de placer, ante la perspectiva del baño delicioso en el río bajo las frondas entre las cuales canturrea el viento, mientras el agua pasa su caricia sobre la piel... y los ojos abiertos miran el cielo azul y los zopilotes negros vuelan en la altura.

El verano vuelve, el verano torna! Así lo he visto regresar en los años que han pasado. ¡Qué tonto soy! ¡Por qué estoy triste? Al regresar a casa después de haber sentido aquel canto al verano que se anuncia y que tanto he deseado, me encuentro como si tuviera una

pena. Al ver entrar en la habitación un rayo de sol que dejaba caer una moneda de oro sobre la pared blanca, he cerrado los ojos para no ver el polvo loco que se agitaba en él. Quisiera que lloviera, que no hiciera sol y no oír ese viento que deja caer sobre todo lo que me rodea una lluvia de melancolía.”

El verano llega. Su heraldo, el viento frío y delicioso que vino a acariciarme en mi lecho calentito, ¿no habrá hecho tiritar la desnudez de tantos niños desheredados que se durmieron sin cena y despertaron sin abrigo?

1911